

haya investigación más digna de ocupar a una inteligencia culta. Ya exploramos ampliamente la antigüedad en sus letras; es tiempo de escudriñarla en sus manjares.

Que los estudiosos cierren, pues, los libros, y preparen las cacerolas.

1893.

## XXI

## "EL BOCK IDEAL"

Este nombre, que debiera ser el de una cervecería, en una muestra donde espumearse en un cristal muy frío una cerveza muy rubia, es en realidad el nombre de una amplia asociación de estudiantes en el Barrio Latino, que se reúne tres veces por mes, para conversar, fumando y bebiendo, de las cosas del espíritu, de la moral, de las religiones y de las sociedades.

Ingurgitar *bocks* y desenvolver teorías no constituyen ocupaciones heterogéneas ni nuevas. Desde Spinoza, tal vez desde Aristóteles, la cerveza anda íntimamente ligada a la metafísica. En viejas ciudades escolares de Alemania muchas veces se ha surgido del fondo de un *bock* una síntesis del universo. Y hasta en París, en cafés que ostentan nombres perfectamente torpes y donde no entra el ideal, como *El Ratón Muerto* o *La Cerda que huye*, siempre que mozos de veinte años que hayan hojeado ya, en casa de un librero, algún volumen de Kant o de Hegel, se sientan a una mesa libre, inmediatamente se fuma en pipa, se cervecera, se filosofa. El rasgo original de esta asociación del *Bock Ideal* es que fué organizada (según las últimas afirmaciones de

## E Ç A D E Q U E I R O Z

su jefe) no sólo para beber el *bock*, sino, sobre todo, para buscar el Ideal.

Si yo comprendo bien a este mozo ardiente, lo que la sociedad desea es descubrir y consolidar la forma ideal de las sociedades futuras, y, después de hecho y comprobado el descubrimiento maravilloso, dedicar inteligencias y corazones a la decidida realización de esa forma perfecta. No puede haber fin más noble (otros dirían: más santo). Para conseguirlo, esta mocedad vigorosa celebra asambleas de noche, en una casa antigua del *Quartier Latin*. Bebe el *bock*. Dice versos, versos a lo Lamartine—amorosos y creyentes; versos a lo Musset—dolorosos y de *dandy*; versos a lo Leconte de Lisle—decorativos y mayestáticos... Y después escucha con reverencia al Sr. Melchor de Vogüé. Y éste es el momento grave y fecundo de los trabajos de la Asociación, porque al Sr. Melchor Vogüé confió ella la misión apostólica de conducirla (a través del *bock*) a la busca y a la conquista del Ideal.

El Sr. Melchor de Vogüé es hoy un alma muy en boga en París. Su influencia espiritual recorre desde las escuelas hasta los salones. La Academia Francesa ya lo acogió como a un maestro. En ciertas *brasseries* más idealistas del *Quartier Latin* ejerce la supremacía remota de un profeta aristócrata y delicado que enseña desde lo alto de su nube. Y moralista eminentemente parisién, tiene tanta clientela en la *Revue des Deux Mondes* como en ese considerable *Chat Noir*, que hábilmente mezcla en su programa de arte y de literatura el misticismo y la canallería.

Casado con una señora rusa, fué el Sr. de Vogüé quien reveló a Francia los novelistas rusos—que Francia adoptó, a pesar de ser tan incongéneres con su

## NOTAS CONTEMPORÁNEAS

límpida razón crítica, por conmovedores motivos de servilismo poético.

Y fué precisamente en su libro *Le Roman Russe* donde el Sr. de Vogüé por vez primera manifestó las disposiciones morales y filosóficas con que entraba, apóstol preciosamente literario, en las luchas del pensamiento y de la doctrina. Al contrario de los maestros intelectuales de la generación del Segundo Imperio (los Taine, los Renán, los Flaubert, etc.), que, por sentir la sociedad contemporánea tan diferente de los ideales de belleza y nobleza que tenían en el alma, la repudiaban como forma fea y baja, y se refugiaban en un escepticismo superfluo—el Sr. de Vogüé adhirióse desde luego en espíritu y en corazón al mundo moderno por amor de los dos hechos que en él dominan, ambos de incomparable belleza y grandeza: la victoria de la Verdad por la Ciencia y la victoria de la Igualdad por la Democracia.

Hasta aquí nada hay esencialmente nuevo;—y muchas inteligencias, antes de la del Sr. de Vogüé, han tenido la comprensión y la pasión del mundo moderno. Y cuando el Sr. de Vogüé establecía, con la solemnidad de una revelación, la vasta ley de la unidad, según la cual la vida moral de la sociedad, como la vida física de la tierra, es el resultado de la “evolución anónima de los infinitamente pequeños, átomos o almas”; no nos daba tampoco seguramente una novedad deslumbradora. Ya los astrónomos nos habían afirmado que, con humildes y obscuras moléculas de vapor, se hizo el orgulloso sol que nos alumbra. Ya los geólogos nos habían contado que esos Alpes que nosotros vamos, en las vacaciones de verano, a contemplar con religiosa reverencia, son la obra colectiva y paciente de los granitos de arena que nuestros pies pisan con

desdén. Ya los psicólogos nos habían enseñado que, por medio de pequeñas y brutas percepciones inconscientes, se crean conciencias tan claras y fuertes como fué la de un Sócrates. Y ya buenos historiadores nos habían probado que la Historia no está hecha por los héroes y por los reyes, sino por esos oscuros rebaños de seres que nosotros llamamos *las muchedumbres*...

Algunas de estas conclusiones del saber se hallaban ya medio traducidas en hechos de civilización; y mientras los laboratorios reconocían que el gobierno del mundo pertenece a los átomos (¡y, ay de nosotros, a los bacilos!) ya las instituciones iban resignadamente entregando a la multitud la dirección de los Estados.

La única fascinación nueva en estas ideas del señor de Vogüé procedía de la forma magnífica con que las ordenaba y adornaba; porque el Sr. de Vogüé es un estilista de inmenso lujo, posee los gustos y la opulencia de un Chateaubriand y nunca deja salir sus principios a la calle sin cubrirlos de terciopelos y encajes, en cortejo vistoso.

Donde el Sr. de Vogüé se mostró más interesante fué ante algunos discretos reparos puestos a estas tan celebradas victorias de la democracia y de la ciencia. ¿Son ellas realmente dos grandes victoriosas? ¿No se han mostrado, por el contrario, impotentes en su desesperado esfuerzo? La democracia, surgida toda entera de la *Declaración de los derechos del hombre*, que afirmó soberbiamente su igualdad y su libertad, encuentra en el hombre un ser mezquinamente sujeto a todas las fatalidades físicas y a todas las dependencias sociales, y no consigue libertarlo de ellas—porque contra *los derechos del hombre*, declarados, protestan *las realidades de la naturaleza*, experimentadas. De ahí

todas las angustiosas contradicciones del siglo. En lugar de la fraternidad, viene la guillotina a operar como factor de civilización; y en vez de las razas fundidas en una concordia universal, crecen las nacionalidades antagónicas, que se abominan y viven cubiertas de hierro y de armas, acechando, por encima de las fronteras, el apetecido momento psicológico de destrozarse entre sí. De la aristocracia territorial y señorial decapitada renace, como cabeza número dos de la hidra, la aristocracia adinerada e industrial; y el mundo, que dejó de ver esclavos rebelados y *jacqueries*, de nuevo las encuentra ante sí, más implacables y dolorosas, bajo el nombre de comunismo o nihilismo. Y como si esto no bastase, la propia ciencia niega el origen de la democracia, que se decía ser *la igualdad* natural—probando que la única ley universal es *la desigualdad*; que el hombre, como los otros seres, está sujeto a la selección evolutiva; que el derecho de las especies a la vida se valúa en la proporción de su capacidad para vivir; que quien triunfa y sobrevive es el más fuerte, y que, por lo tanto, sólo hay realidad de derecho cuando hay manifestación de fuerza. ¿Diremos aún que la democracia es una victoriosa?

¿Lo es la propia ciencia? ¿La ciencia que tan duramente destruyó así las promesas de la democracia, ha realizado sus promesas? No, mi querido Sr. de Vogüé. La ciencia, por la magnitud y la extensión de su fuerza, ha hecho más saliente la pequeñez de su obra. ¿Qué acontece con nuestra arrogante ciencia? Que en torno de cada verdad que ella conquista, se extiende luego irremediamente un inmenso campo de incertidumbre. Cuanto más avanza, más se siente y se comprueba la pavorosa extensión del oscuro camino que ha de atravesar. Apenas consigue, sudando y

gimiendo, derribar la puerta que juzgábamos ser la última del sagrario—inmediatamente delante de nosotros aparece una puerta mayor, más dura, más impenetrable. La llamada “Luz de la Ciencia”, a cada instante más viva y más alta, sólo nos sirve, por lo mismo que aumenta en altura y en brillo, para mostrarnos cuán infinitas e inaccesibles son a nuestro alrededor las tremendas tinieblas metafísicas. La ciencia realmente sólo ha logrado hacer más intensa y más fuerte una certidumbre, la vieja certidumbre socrática de nuestra irreparable ignorancia. Cada vez sabemos más—que no sabemos nada.

Ante estas modestas y usuales reflexiones es cuando el Sr. de Vogüé triunfa. Sí, indudablemente (dice él con dulzura), la democracia y la ciencia han sido impotentes en su esfuerzo—porque fueron viciadas en su principio, que está fuera y es más alto que la democracia y la ciencia, que las puede inspirar, penetrar y dirigir, de tal suerte que ellas, de impotentes que han sido, adquieran la máxima potencia creadora y se tornen conjuntamente los dos únicos y sublimes instrumentos de la regeneración del mundo y del establecimiento definitivo del orden social. Y ese principio—es el Evangelio, la Caridad Evangélica!...

No esperábamos, tal vez, esta afirmación ni que en nuestros males sociales e intelectuales se hubiese prescrito como remedio ese *Amaos los unos a los otros*, que ya no era nuevo en el tiempo de Jesús, y ya no era nuevo en el tiempo de Platón.

Pero evidentemente ella corresponde a alguna corriente de emoción piadosa que opera en las almas mozas, a una sorda reacción espiritualista contra el materialismo de los tiempos, porque al oír la proclamación de este dulce y antiguo precepto, la mocedad

intelectual prorrumpe en gritos de alegría y de esperanza, como si de repente, en la sed y el hambre de un desierto, comenzase a caer el maná milagroso. Quieren decir algunos que, en este neo-evangelismo de la mocedad del Barrio Latino, hay simplemente otra manifestación de esa vaga religiosidad literaria, postrema emanación del romanticismo, que hoy está llevando a los artistas y a los poetas a tomar por temas preferidos las leyendas cristianas y las vidas de los Santos.

Tal vez. Lo cierto es que vemos ahí al *Bock Ideal* aclamando con fervor y confianza al señor de Vogüé, cuando él afirma en su tono noble y vago (pero que satisface al *Bock*) que sólo el espíritu del Evangelio dará a la democracia esa alta dirección moral, ese espíritu de simpatía y sacrificio, esas formas de amor y renunciamiento, únicas capaces de fundir las clases, proteger los intereses de la justicia, combatir la tiranía del dinero y realizar la igualdad en la tierra. Y más lo aclaman aún cuando él confirma que ese espíritu evangélico reformará los dictámenes demasiado severos de la ciencia, haciéndole comprobar, más allá de la ley de selección y de la concurrencia vital, otra ley tan experimental y científica como ésta: la ley del amor divino, innato e inmanente en el amor humano...

Las aclamaciones, por lo demás, son justas; todo esto es bello y dulce de oír. Mas, amigos míos del *Bock Ideal*, me temo que estéis siendo embaucados por el Sr. de Vogüé!... Porque él mismo confiesa (y con alegría) que ha de ser necesaria una alta autoridad moral, un gran cuerpo social para hacer penetrar en la democracia, en las vastas y rudas masas humanas, este espíritu evangélico, y desenvolver en ellas constantemente, por el raciocinio y la emoción, por la en-

señanza y por el ejemplo, esta comprensión superior y práctica de la Justicia y de la Caridad que un día regenerarán y pondrán en orden al mundo. ¡Así lo confiesa él, el dulce apóstol!... Y cuando se le pregunta cuál será esa fuerte autoridad, ese cuerpo social, él declara, radiante, que sólo puede ser la Iglesia, la Iglesia cristiana, la Iglesia católica.

Y ardientemente lo prueba. ¿Quién sino la Iglesia será capaz de dar una dirección divina a la democracia contemporánea? ¿No sale ella del pueblo, reclutada entre el pueblo y viviendo en el pueblo, en perpetua comunión, en el pensar y en el sentir, con el pueblo? ¿No es ella la gran desinteresada, porque nació de aquel que, en el templo, expulsando a los mercaderes, manifestó su gran desdén al capital?

¿Quién ama más que ella y con más dulzura a los humildes? Pobre, triunfó siempre por los pobres. Su primer papa era un proletario que vivía de lanzar redes en las aguas de Genesareth.

¿Qué institución humana hay que más completamente concuerde y se ajuste con la evolución democrática de la época? Ella ya realizó en las almas una verdadera República Internacional; ¿por qué no se le ha de entregar la misión más fácil de realizarla en las Instituciones?...

¡Oh, es claro, ha de ser preciso que la Iglesia se transforme un poco, *un casi nada*,—que pase de la estrechez del Romanismo a una catolicidad más amplia; que en lugar de mandar nuncios a las naciones, les mande apóstoles; que reanude la obra de la primitiva Iglesia, purifique el principio cristiano de todos los aluviones temporales que lo ahogan, y de nuevo asuma el gobierno puro de las almas para conducir las a la justicia social!... ¡Y en verdad os digo,

hijos míos, que no hay salvación para el mundo fuera de la Iglesia!...

Así predica en el *Bock Ideal* el Sr. de Vogüé. Y la mocedad, primavera sagrada de Francia, recibe, con arrebató, la enseñanza de este socialismo evangélico o católico. Hay en él, a lo que parece, para estas almas nuevas, un delicioso refugio contra la dureza materialista de la vida. Errante a través de la penumbra anárquica del pensar contemporáneo, la mocedad tropezaba buscando la orientación segura que la llevase a un futuro de justicia y de verdad; cuando el señor de Vogüé surgió a su encuentro, le tomó de la mano trémula, y cantándole las armonías arrulladoras de un *Nuevo Genio del Cristianismo*, vino conduciéndola, muy dulce y hábilmente, a los pies de la Cruz. La mocedad se encuentra de nuevo en las vegas suaves de Galilea. La voz infinitamente pura que baja de la montaña, murmura: *Amaos los unos a los otros*... Lugar augustó y único en que el hombre aprendió verdaderamente a ser humano. Y bien le iría al futuro si la mocedad permaneciese allí, por algún tiempo, recibiendo inolvidablemente la suprema lección de bondad, de caridad, de amor a los pobres y de amor a los pequeños.

Mas lo que me inquieta (y aquí me parece que he llegado a la consecuencia) es que en ese lugar divino, en esa nueva Galilea adonde el señor de Vogüé llevó a la mocedad, no sólo está Jesús y su dulce lección. Más allá, en la sombra, por detrás del Sr. de Vogüé, ¡paréceme divisar un sacristán!... Flota aquí un olor eclesiástico de incienso y de cera; y hace poco, cuando el Sr. de Vogüé citó a Virgilio, el dulce verso resonó en este aire ahogado de capilla, con la melancolía de un *Ite, missa est*... ¡Lugar sospechoso este

E Ç A D E Q U E I R O Z

*Bock Ideal!*... La democracia usa aquí el báculo de oro de la teocracia. La levita del Sr. de Vogüé tiene una severidad triste de sotana... ¡Y ya no hay dudas, mis pobres amigos!... Vinisteis aquí a abrir el alma para recibir en ella la verdad, y la verdad que recibisteis está toda concentrada en la hostia. No sé si esto os place u os desplace. Pero, evidentemente, lo que tenéis delante de vosotros no es el bock; son las vinajeras para celebrar misa...

1893.

INDICE

	Págs.
I.—De Port-Said a Suez.....	5
II.—Ramalho Ortigão.....	28
III.—Brasil y Portugal.....	53
IV.—Inglaterra y Francia juzgadas por un inglés...	91
V.—Victor Hugo.....	106
VI.—“Azulejos”.....	121
VII.—“El Brasileño Soares”.....	148
VIII.—“Acuarelas”.....	159
IX.—La Academia y la Literatura.....	168
X.—Europa.....	184
XI.—A propósito de “Os Maias”.....	196
XII.—La decadencia de la risa.....	208
XIII.—Los grandes hombres de Francia.....	215
XIV.—Un santo moderno.....	223
XV.—Europa en resumen.....	229
XVI.—Positivismo e Idealismo.....	236
XVII.—Una colección de arte.....	250
XVIII.—Espiritismo.....	259
XIX.—Las Rosas.....	270
XX.—Cocina arqueológica.....	294
XXI.—“El bock ideal”.....	307